

R:—Creo que ha sido “La Prensa Literaria” “La Prensa Literaria” ha hecho posible muchas cosas: ha creado un ambiente, ha impuesto un respeto, ha revolucionado el concepto que el nicaragüense tenía sobre la cultura. Naturalmente aún falta mucho, pero estamos en la brecha. Por otra parte, nos ha vinculado con las nuevas generaciones, nos ha hecho comulgar en muchos puntos de vista, nos ha permitido criticarnos mutuamente; esto enriquece la cultura. Si hay algo que dé cierta ventaja a los nicaragüenses, es el poder tener diálogos y contactos grupales y generacionales. Los jóvenes enriquecen a los viejos y los viejos enriquecen de igual manera a los jóvenes. En casi todos los países del mundo, las páginas literarias de los diarios están reservadas para los consagrados. Nosotros, al contrario, le hemos abierto las páginas de “La Prensa Literaria” a todos, y a veces hasta he sido criticado por publicar poemas que en realidad no merecían ser publicados. Yo siempre he preferido pasarme la raya ayudando o alentando valores, que cerrarme demasiado y con ello impedir que se expresen, abortándolos.

P:—Para volver a un tema que comentábamos hace rato: en Francia una revista como “Les Temps Modernes”, por ejemplo, reúne a un grupo de intelectuales afines ideológicamente, mientras que la “Nouvelle Revue Française” recibe colaboraciones muy variadas desde todo punto de vista ideológico. ¿Cuál sería el caso en Nicaragua?

R:—En los Cuadernos podemos decir que existió un caso parecido, al de “Les Temps Modernes”. Reuní a un grupo de personas afines que estaban unidas en la filosofía cristiana de la vida y en la visión cristiana del mundo. En la “Prensa Literaria”, en cambio, ha predominado la diversidad y la libertad. Sólo se exige la mínima calidad de decencia o de “dignidad”.

P:—Los nicaragüenses son en general poco aficionados a la lectura y particularmente a la de revistas culturales especializadas, ¿cuál es tu opinión sobre las dificultades que han tenido y tendrán en el futuro las revistas especializadas?

R:—Una de las labores que hemos realizado es la de abrir brecha. El simple hecho de que “El Pez y la Serpiente” tenga patrocinadores es muy significativo; cuando publicamos “Cuadernos” eso hubiera sido imposible. Esa es una labor nuestra, dando cualificación a la cultura. Se dice que en Nicaragua se lee poco. Yo siempre me he preguntado: si excluimos a los que no saben leer, aquellos que leen ¿lo hacen en realidad? Creo que en Nicaragua ha aumentado la cuota de los que saben leer y leen, pero lo que no ha aumentado son los órganos para hacer llegar la lectura a los que saben leer. Hacen falta buenas distribuidoras. Si los industriales distribuyeran sus productos como nosotros distribuimos nuestras publicaciones, quebrarían; viceversa, si nosotros distribuyéramos como ellos, se aumentaría considerablemente el número de lectores. Ese es el proceso al que tenemos que llegar. No a comercializar al escritor, sino a que existan los distribuidores que comercialicen nuestras obras. Yo enviaba “El Pez y la Serpiente” únicamente a las librerías. Cuando apareció “El Nicaragüense” me lo pidieron los supermercados. Entonces vi que en los “super” se venden más libros que en las librerías. Hay que buscar al lector y no sólo esperarlo.

P:—¿Tienes en proyecto alguna nueva revista?

R:—No. Debo mantener la asiduidad del “Pez y la Serpiente” y editar por lo menos un libro al año. Además tengo varias obras sin terminar. Con “La Prensa Literaria”, “El Pez y la Serpiente” y la Universidad, ¡con esa basta!

## ESCORZO HISTORICO DE NUESTRA BIBLIOTECA NACIONAL

Por Eduardo ZEPEDA HENRIQUEZ,  
Director de la Biblioteca Nacional de Nicaragua.

Nuestra Biblioteca nació con el año 1882, como la mejor de América Central, destinándose quince mil pesos para su instalación. Fue inaugurada por el Presidente don Joaquín Zavala en el costado noreste, primer piso, del antiguo Palacio Nacional, destruido por la catástrofe de 1931, sin que nuestro tesoro bibliográfico sufiera pérdidas. Los cinco mil volúmenes fundadores —encuadernados en pasta española y con el Escudo de Nicaragua grabado en oro en la portada— fueron seleccionados en España por Emilio Castelar, a petición del Gobierno del General Zavala. Con ocasión del acto inaugural, Rubén Darío —que apenas contaba 15 años de edad— escribió las cien décimas de su poema “El Libro”, precisamente fechado el 1º de enero; poema que su autor no pudo recitar entonces, sino has-

ta el 24 del mismo mes, ante el Presidente Zavala y los miembros del Congreso Nacional, con motivo de la apertura de sesiones de éste.

Se hizo cargo de la Dirección de la Biblioteca el Abogado y General Don Miguel Briosio Iglesias, de nacionalidad salvadoreña. En un bello ejemplar de la edición parisense de 1873 —propiedad del Doctor Andrés Vega Bolaños— de las “Notas Geográficas y Económicas sobre la República de Nicaragua”, por Pablo Levy, aparece manuscrito lo siguiente: “A la Baronesa de Wilson / Managua Sete, 4 de 1882 / El Director de la Biblioteca Nacional / M. Briosio”. La anterior dedicatoria, de puño y letra del primer Director de nuestra Biblioteca, es el único autógrafo que conocemos de es-

te personaje, a quien hicieron casi legendario nuestros historiadores que en él se ocuparon en los últimos veinte años. Unos lo desconocen, creyendo que la Biblioteca Nacional fue inaugurada bajo la Dirección de Modesto Barrios, y hasta de Antonino Aragón; otros dicen ignorar su país de origen; pero todos ellos coinciden en la escasez de datos al respecto. Si es cierto que nuestra historia escrita está, como nuestra geografía, sembrada de lagunas, a causa de la pérdida de nuestros archivos o quizá porque nuestro genio tiende más a la pre-visión que a la re-visión, a la poesía que a la historia; no se menos cierto que, para informarse acerca de la vida de Brioso, bastaba leer el "Diccionario Histórico Enciclopédico de la República de El Salvador", de Miguel Ángel García, publicado en 1941. Esta obra, aunque sus artículos sean breves, está bien documentada y es de sobra conocida por los estudiosos.

Cuando el General Miguel Brioso se hizo cargo de nuestra Biblioteca, llevaba ya seis años residiendo en Managua, donde ocupó, con su familia, una casa situada frente al ala norte del Club Internacional. Había llegado exiliado a nuestra Patria, después de la derrota que sufrieran sus tropas en Pasacuina, el mismo año en que subió a la Presidencia de El Salvador, por vez primera, el Dr. Rafael Zaldívar. Sin embargo, al cabo de nueve años, Brioso decidió regresar a su País, cuando allí se daba, precisamente, la última y fugaz exaltación al poder de su viejo adversario político el Doctor Zaldívar; y su vuelta a El Salvador era un gesto de nobleza, porque significaba su adhesión a la causa centroamericanista del Presidente Valdívar. Esa honrosa actitud de su vida estaría, sin duda, en consonancia con su heroica muerte.

Don Miguel era natural de la ciudad salvadoreña de Jucupapa, y el mayor y único varón de los tres vástagos del matrimonio de Don Inocente Brioso y Doña Dolores Iglesias. Cursó sus primeros estudios, hasta el bachillerato, en la ciudad de su nacimiento, en Teacapa y en el Colegio de la Asunción de San Salvador. Pasó luego a la Universidad Nacional, donde siguió la carrera de Derecho, licenciándose en 1853. El joven abogado alcanzó pronto el reconocimiento de sus compatriotas, gracias a su don de gentes, a su brillante inteligencia y a su imaginación brillante. Colaboraba en la prensa liberal y sus artículos polémicos lograron gran resonancia. Su prosa hacía honor a su apellido, y el autor no cedía ni un palmo en la doctrina. En cambio, los versos que también salieron de la pluma de Brioso no tienen las calidades de su literatura periodística.

Apenas habían pasado cuatro años desde que el licenciado Brioso saliera de las aulas universitarias, cuando ya era Diputado por Chinameca. Su carrera política fue realmente vertiginosa. Poco tiempo después, el Gobierno del General Gerardo Barrios le mandó a estudiar a Europa; y en 1864 se encontraba de nuevo en El Salvador trabajando en la reforma de los Códigos. A la sazón, recibía un nombramiento de Juez de San Miguel y de La Unión. Pero su prestigio jurídico no le impidió que siguiera cultivando sus muchos talentos. Las humanidades de don Miguel eran vastas, y ellas le llevaron a ocupar la cátedra de Lógica y Psicología de la Universidad Nacional. Así el antiguo alumno regresaba, como maestro, a su punto de partida.

Entre 1869 y 1876, fue sucesivamente Enviado Especial ante el Gobierno de Honduras; Ministro de Rela-

ciones Exteriores, Justicia y Negocios Eclesiásticos, interviniendo entonces en un serio problema de relaciones entre la Iglesia y el Estado, durante la Presidencia del General Santiago González; Gobernador y Comandante General de San Miguel; Inspector Militar Divisionario del mismo Departamento y de los de Usulután y La Unión; General de División, por Decreto Legislativo del año 1876; y, en fin, Jefe militar de los Departamentos orientales. En la personalidad del General Brioso, no cedieron las armas a la toga, sino que ambas se hermanaron con lazo amorosísimo; y, de seguro, Don Miguel tenía muy presente aquel célebre Discurso de Don Quijote, en el cual se dice "que las armas requieren espíritu como las letras".

Poco más queda por espigar en la vida del primer Bibliotecario Nacional de Nicaragua. Se había casado con Doña Virginia Barrios el 30 de septiembre de 1869, siendo padrino de la boda el Presidente Dueñas. Cuando Brioso fue designado para dirigir nuestra Biblioteca, ya contaba cincuenta años de edad. No sólo era un típico hombre de la Ilustración, con mayúscula, sino profundamente ilustrado; y, a demás, un hombre de cuerpo entero, que luego murió valerosamente en el campo de batalla, en aquel combate de Cerro Partido, en el Departamento salvadoreño de Cuscatlán.

El 16 de mayo de 1883 sucedió a Brioso en la Dirección de la Biblioteca —ya durante el Gobierno de Cárdenas— el Doctor Modesto Barrios, "verdadero fundador" de la misma, como le llamó el académico don Alfonso Ayón. Un mes antes se había sancionado el reglamento del Archivo. Era Barrios hombre de muchos saberes, de ánimo desinteresado y de aguda visión. El fue, en compañía de Gámez, quien trajo a Rubén Darío a Managua, hospedándole en su propia casa, según nos cuenta el Poeta en su Autobiografía; y fue quien hizo a Rubén colaborador suyo en la Biblioteca Nacional, iniciándole en la Literatura francesa, de la que era adelantado en Centro América. Las últimas publicaciones de París eran a la sazón remitidas directamente a nuestra Biblioteca por el escritor francés Desiderio Pector, Cónsul de Nicaragua.

Reclamado Barrios por Don Adán Cárdenas para el desempeño de otros altos cargos, dejó la Biblioteca en mayo de 1885, siendo su sustituto el humanista y pedagogo Don Antonino Aragón, director de un colegio particular en la ciudad de Masaya. Con motivo del nombramiento del señor Aragón se derogó el Artículo 14 del Reglamento del Archivo Nacional, el cual establecía que para ser Director de la Biblioteca era necesario ser Abogado y Escribano Público. Vale recordar, como dato curioso, que el sueldo del Bibliotecario y Archivero nacional era entonces de sesenta pesos mensuales; y que, conforme estadística publicada en "El Porvenir de Nicaragua" —el periódico que dirigieron Fabio Carnevalini y Jesús Hernández Somoza—, el número de lectores que en un mes visitaban la Biblioteca era de ochenta y tres.

Darío siguió algunos meses más empleado en este Centro, bajo la Dirección de Don Antonino Aragón, quien también contribuyó muchísimo a su cultivo literario, como reconoce el Poeta con ancho agradecimiento. El Señor Aragón murió siendo Bibliotecario y Archivero Nacional. Después se sucedieron nombres como los de Isidro Sotomayor, el General Luis M Gómez, natural de Colombia, Manuel Antonio Zepeda y el comediógrafo Manuel Rosales. Lo demás es historia de hoy.